

Se acabó el curso.

"La Nación", Buenos Aires (B. A.), 7 agosto 1908.



SE ACABO EL CURSO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, junio de 1908.

En estas antiguas y apartadas ciudades universitarias, de tradición estudiantil, la marcha y la vuelta anual de los estudiantes constituyen sucesos naturales, de ritmo perenne, como la llegada y la partida de las aves inmigratorias.

Todos los años, ya bien entrada la primavera, aparecen en un día dorado los alegres vencejos, hijos del aire, y alegran nuestro cielo con los raudos trezados de su incansable volar y con los chillidos que la plenitud de vida les arranca del pecho. Los vencejos, heraldos de cosechas, son la alegría de las tardes de verano. El vulgo los cree inmortales, asegurando que jamás se vió vencejo alguno muerto, no siendo que lo hubiese sido á mano airada. Y de hecho estos leves y negros aviones—también se le conoce por este nombre, y por el de arrejáguele—que vemos volar sobre nuestras cabezas en las tardes de estío son los mismos, exactamente los mismos que vieron volar sobre sus cabezas nuestros abuelos y que sobre las suyas verán nuestros nietos. Sus cuerpos acaso—este acaso es de un gran valor dialéctico—sean otros que los de aquéllos, pero sus almas son las mismas, enteramente las mismas, créedme lo. Tengo razones más que suficientes—razones que en otra coyuntura explanaré—para suponer una transmigración de las almas vencejiles de unos alados cuerpecitos en otros.

Y así como con los vencejos sucede con los estudiantes. Los de hoy son los mismos de hace un siglo, de hace dos, tres ó veinte siglos, los mismos que serán dentro de uno, dos, tres ó veinte más. El estudiante es, como el vencejo, inmortal. Cambia su traje, pero su alma es la misma siempre y á pesar de los niveladores ferrocarriles, aun puede reconocerse á los de hoy en las pinturas que de los de antaño quedan en los libros picarescos.

Y como los vencejos también los estudiantes emigran anualmente, sólo que se van poco después de venir aquéllos y vuelven cuando las aves están para irse. El estudiante es pájaro de invierno.

Y queda la vieja y reposada ciudad universitaria señorial en mayor reposo aun. Discurren lentamente sus ciudadanos á la sombra de los soportales de la plaza y los que no echan la siesta se pasan las horas de calor junto á la mesilla de un café, bajo el toldo. Y en tanto alguna muchacha escribe cuatro letras al estudiante que le llevó la paz y le dejó esperanza.

Esto de la vida estudiantil, vida de ave ligera, tendrá un perenne encanto para cuantos por ella pasamos. Y siempre recordaremos con amor la ciudad en que seguimos nuestra carrera. Junto á estas doradas piedras de Salamanca, al pie de sus chapiteles, rozando los esplendores de los follajes arquitectónicos del Renacimiento, palpitan los recuerdos, dorados también,

O. C. tomo IX

1 #



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA



de los que aquí aprendieron más que á estudiar á amar y que en los lánguidos tedios del ocaso de su vida vuelven los ojos del alma á la ciudad en que se abrieron sus corazones al amor.

Todo esto es muy difícil sentirlo en una ciudad no universitaria, aunque tenga universidad. Estudié yo en Madrid mi carrera, pero allí la universidad resulta obscurcida y como anulada bajo el peso de otros institutos y sobre todo del parlamento y de los teatros—que son una misma cosa—que absorben su vida social.

Y por esto no ha faltado amante de lo pintoresco de la tradición, más bien que de la tradición misma, que haya propuesto se trasladó la universidad de Madrid, ó por lo menos algunas de sus Facultades, á la ciudad universitaria de Alcalá de Henares, de donde en un tiempo se llevaron los estudios que allí fundara el cardenal Cisneros á Madrid. Proposición ésta que corre parejas con aquella otra de restaurar el antiguo traje estudiantil, tal como aun lo conservan en Coimbra.

Lo cual sería, sin duda, conducente á conservar el tipo del estudiante, el tradicional y pintoresco, el literario, pero si estudiante ha de ser ante todo y sobre todo el que estudia y aprende, cabe preguntar: ¿qué es mejor para un estudiante que quiere estudiar y aprender, una pequeña ciudad sosegada y á poder ser con tradición universitaria, ó una gran ciudad, más rica de vida variada?

Se ha dicho que á la antigua universidad la mató la invención de la imprenta, la cual acabó con los «lectores». (Aun hoy en Portugal á los catedráticos se les llamó «lentes», esto es, lectores). Cuando el libro era caro íbanselos estudiantes, muchas veces á pie y pidiendo limosna, á cir leerlo á algún profesor, que de cuando en cuando lo comentaba. Y más de uno, dicen, tenía su libro preso con una cadenita á la tribuna desde la cual leía.

Hoy constituyen una universidad ante todo los laboratorios, los museos, las bibliotecas, etc. Y es difícil tenerlos en una pequeña ciudad. Aquí, por ejemplo, hay una cátedra de teoría del arte y aunque esta ciudad es un relicario de arte arquitectónico ¿qué es lo que puede suplir el museo del Prado, el Arqueológico ó la Armería Real de Madrid?

Y si venimos á otros estudiantes como los de medicina, es indudable que una gran ciudad ofrezca en sus hospitales un contingente mucho mayor y más variado de casos clínicos. En estos días mismos hay aquí diez y siete muchachos que no pueden licenciarse en medicina por falta de un cadáver disponible para las prácticas de disección.

En cambio hay estudios que se hacen mucho mejor en estas pequeñas ciudades y sobre todo como los estudiantes son menos, están más atendidos. Poco fruto puede sacarse de las cátedras muy numerosas. El profesor se limita en ellas á la deplorable costumbre de soltar su discurso diario sin entablar la menor relación con sus alumnos, que así no pasan de oyentes.

En las grandes ciudades ocurre además que los profesores universitarios no lo son sino muy secundariamente y apenas se



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



preocupan, salvo honrosas excepciones, de su cátedra. O son médicos ó abogados de vasta clientela, ó lo que es peor son políticos. Pues por lo común los que toman el profesorado como escala para la política ó puesto de espera suelen ser muy medianos profesores. No hay en la cátedra reflejo más funesto que el del parlamento. Y es muy posible que á su vez haya en el parlamento pocos reflejos peores que el de la cátedra.

En lo que creo están equivocados muchos padres es en suponer que las grandes ciudades ofrecen más incentivos para el vicio que los ofrecidos por las pequeñas. No, no hay más corrupción en las grandes ciudades; lo que hay en ellas es más distracción, y no es lo mismo. En Madrid se divierte uno sin más que bajar de paseo por la calle de Alcalá y el Prado, viendo muchachas, parándose en los escaparates, distrayendo el ánimo y la vista á cada paso. El bullicio y animación de sus calles, sus teatros, sus paseos, brindan esparcimiento al ánimo. Y en cambio en las pequeñas ciudades de provincia, el aburrimiento lanza á los jóvenes á la taberna ó á la casa de juego. Esto cuando no les entrada en uno de esos líos de que no es luego fácil desenredarse.

Las formas más terribles del vicio, que son las recogidas, acaso haya que ir á buscarlas de preferencia á las pequeñas ciudades muertas, y esto es lo dice un aborrecedor de las grandes ciudades.

Para un hombre establecido, con familia y hogar, una pequeña ciudad puede ser mejor que una grande, pero para un muchacho suelto, fuera de su casa, para un estudiante, es muy dudoso. En Madrid corren el riesgo de hacerse superficiales y vanos más que viciosos. No es, sin duda, la universidad de Madrid aquella en que más estudian los estudiantes que á ella acuden, pero no creo que sea tampoco donde se encuentre más perdidos. Hay allí más ocasiones de gastar inocentemente, ó si queréis, tontamente.

El peligro que en las grandes ciudades, en las capitales de nación sobre todo, corren los estudiantes no es tanto caer en el vicio como caer en la vaciedad. Principalmente si se aficionan al teatro ó al parlamento ó dan en las tertulias de café, en esas ominosas tertulias que son una de nuestras mayores fuentes de perdición.

Las pequeñas ciudades universitarias serían, sin duda, las más favorables para el cultivo de la inteligencia y del carácter, si en ellas se conservaran los antiguos colegios de internado, como los conservan Oxford y Cambridge. La grande, la capital reforma, de nuestra instrucción pública en España sería la restauración del internado tanto en la enseñanza profesional como en la secundaria. Y el obstáculo para ella es que el profesorado no tiene la preparación adecuada.

Una universidad sin colegios, sin vida colegiada, es una universidad imperfecta. Le falta un ambiente de íntima convivencia.

Y he aquí por qué prosperan las aso-





ciaciones religiosas que se dedican á la enseñanza. Los padres mandan á sus hijos á los internados de frailes y jesuitas más bien que por la ortodoxia de la doctrina por la sujeción. Suponen que allí les harán estudiar. Y en España se da el caso de una provincia rica, como la de Córdoba, donde tales colegios de órdenes monásticas no han podido prosperar por haber internado en los dos institutos de segunda enseñanza que hay en la provincia aquella.

Aparte de otras ventajas, acaso la vida colegiada suplicara á un mal que se observa en nuestra estudiantina, y que es el mal mismo de que adolece nuestra sociedad española, cual es la falta de espíritu de asociación. Jamás han prosperado las asociaciones escolares. Nuestros estudiantes no se entienden y asocian más que para constituir sociedades de baile, rondallas ó tunas. Su espíritu de disociación es típico y funestísimo. Cuando alguna academia escolar logra vivir algún tiempo—siempre vida lánguida—es bajo la égida y dirección de personas mayores. No hay aquí nada que se parezca á las asociaciones estudiantiles de Alemania.

Lo cual no impide que cuando llega el caso se conchaben entre sí los estudiantes, proclamen sus fueros, hablen de la «clase» estudiantil, saquen á cuento el compañerismo y todo para promover huelgas y disturbios y siempre por algún motivo fútil ó absurdo.

Nuestra especialísima anarquía social se refleja mejor acaso que en otra parte, en los estudiantes y en su vida universitaria. No pasa año sin que promuevan algún disturbio en una ó en otra de nuestras diez universidades y casi nunca tienen razón. No recuerdo que se hayan sublevado una sola vez porque no se les enseñe ó se les enseñe mal—alguna vez pretextan eso, pero no es sino pretexto—y en cambio he visto sublevados muchas veces porque se les obligaba á estudiar de veras.

Pero esto de los motines escolares es también algo de orden tan naturalmente rítmico como la vuelta de los vencejos. En la carta que el rey D. Fernando III, llamado el Santo, dió en 1243 confirmando la fundación de esta escuela de Salamanca, hecha por su padre Alfonso VIII de Castilla, lo que en substancia viene á decirse es que los escolares «bivan en paz e cuerda mente, de guisa que non fagan tuerto nin domás á los de la villa» y establece quiénes han de juzgar de sus contiendas.

¿Qué remedio? La novia y la contienda eran las principales distracciones del aburrimiento de la vida provinciana. Terrible aburrimiento, vencido el cual estimo mucho mejor para el espíritu una pequeña ciudad que no una grande. Les tengo miedo y aversión á las grandes ciudades.

Y puesto que se me ha venido este tema á los puntos de la pluma voy á entreteneros con él en otra correspondencia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

IX

